

“VERSOS DE CIEGO”

I

Por Orlando Rodríguez B.

Antes de su gira a Europa, el Teatro de Ensayo de la Universidad Católica mostró en brevísima temporada, el cuento teatral en dos partes del autor nacional Luis Alberto Heiremans: “VERSOS DE CIEGO” que representará a nuestro país por vez primera en la sala “Vieux Colombier”, como parte del festival anual internacional de París denominado “Teatro de las Naciones”. La calidad de cuento que la obra posee evita de inmediato la clasificación de ella dentro de los cánones clásicos de tragedia, comedia, drama o farsa.

Para nosotros, la plaza de Heiremans es ante todo, un experimento teatral con características modernas de renovación, en el cual se vislumbran fuertes influencias de autores europeos primario en el formal, el desaparecido dramaturgo alemán, Bertold Brecht. Ya en el programa, el director de la obra, Eugenio Dittborn apunta: “Avenida en Europa (se refiere al autor) desde hace casi dos años ha experimentado, como todos los autores de su generación, la necesidad de volver en forma simple a los principios elementales del teatro, despojándolo del juego y de la deformación que sufre al arrastrar como un lastre, la herencia del llamado teatro psicológico, hijo de un teatro burgués y aprisionado”. Y el autor

parte exponiendo en los primeros versos cantados por el ciego que une la acción, el carácter conocido y repetido que tiene la historia que va a desarrollarse: “Esta historia es sabida y cantada sin ensañes una vez en cada año por los ciegos repetida sin apuro y de oídas sin afán de enseñarla por el gusto de contarla y saberla conocida...” Pero Heiremans, salvadas las distancias, quiere a la manera de los autores ideológicamente cristianos de Europa, utilizar el cuento en función de la ideología que él también sustenta. Y desde todo punto de vista, es respetable la posición del escritor que se mantiene fiel a un principio o doctrina. Ya en “SIGUE LA ESTRELLA” y “LOS GUE-NOS VERSOS”, obras en

CRÍTICA teatral

la historia son tres músicos ambulantes, que también siguen una estrella, no la de Belén, sino y aquí cabe la interpretación personal de cada espectador, una meta, la felicidad, la justicia, la igualdad, mejores días futuros, o simplemente la lucha por alcanzar un ideal o una aspiración. Y ello desprende la actitud optimista del dramaturgo, centrada en una premisa: “en la vida hay que seguir siempre adelante, sin detenerse, luchando contra todos los obstáculos, por difíciles que estos sean”. Es-

ta idea es compartida en la obra por otra, repartida hasta la saciedad: “para ganar algo hay que estar dispuesto a perder algo”. Como en todo cuento, de intrínseco en-

cuadro, los personajes van de un lugar a otro, las veces de las veces, sin lógica relación con tiempo, espacio ni lugar. Desde la feria multicolor serena al prosti-



Una escena de “Versos de Ciego”. Los personajes comienzan a salirse de la tierra para entrar en las nubes.

bulo notrino, pasando por los lugares más opuestos y las situaciones más diferentes. Hay un intento en Heiremans de dar tonalidad chilena a su pieza, sin conseguirlo totalmente. Algunos personajes entroncan con caracteres pintorescos nuestros, al igual que el lenguaje, pero lo nacional queda en la forma simplemente. Y esta característica aparece relacionada con otro problema que se desprende de la obra: el autor trabaja con elementos realistas durante toda la obra; sus personajes, su lenguaje, algunas situaciones dramáticas; por sobre ello, prima un tono simbólico, que por momentos abandona la simpleza para darle tono intelectual al texto, y no contento con ello, en forma menor, Heiremans llega al expresionismo con otros elementos. Vale decir, y aquí cabe una crítica fuerte, no hay en “VERSOS DE CIEGO” unidad de estilo, lo que unido a la arbitrariedad de situaciones y circunstancias dramáticas antojadizas hace de la obra, una pieza confusa. Más aún, a partir de la ágil escena de la feria, comienzos del cuento, y desde el instante en que la siga de la estrella predomina dramáticamente, la obra se torna estática y repetida. Varias objeciones más debemos al texto: los personajes en general no lo son tal, sino

símbolos; como personajes carecen de desarrollo y a veces (caso del profesor Oliverio Pastor), su existencia no se justifica claramente. La segunda parte de la obra a ratos resulta inexplicable para el espectador; leyendo el texto comprendemos la intención, pero el público carece de elementos de juicio para entenderla; dice el autor en su acotación inicial de esta segunda parte: “Se supone que el grupo que quedó en el escenario del primer acto ha continuado su peregrinación y ha entrado en una zona de magia”. Esto el espectador no tiene por qué saberlo; el autor debería haberlo entregado dramáticamente con claridad. En su afán por hacer resaltar los símbolos del bien y el mal en oposición, Heiremans utiliza caprichosamente los recursos teatrales: el prostíbulo por ejemplo, no tiene una fuerte y lógica motivación. En otros casos los símbolos se tornan burdos: Perico, To y Justa. Buen por ejemplo. O la razón que lleva a los personajes a tomar una decisión no está teatralmente justificada. Cuando los diversos personajes deciden seguir la estrella, no se ven movidos por causas adecuadas. En el aspecto musical, la canción de Perico Burro resulta fuera de lugar.

De todo ello queremos

colegir que la plausible iniciativa de Heiremans se queda en el ensayo traucó, inmaduro. La obra es ración del vuelo poético requerido y el esfuerzo del dramaturgo necesitaba de una mayor claridad en la exposición y desarrollo. Es un camino nuevo para él, que puede entregar resultados más positivos. Además, la influencia europea no se ve asimilada totalmente y ello se refleja sólo en los elementos externos. A pesar de todo, consideramos éste un experimento interesante, respetable desde todo punto de vista, ideológico como teatralmente, aún cuando se trata de un ensayo y nada más. No es lógicamente el teatro que nosotros entregarán nuestros autores, que casi uniformemente se caracterizan por una dramaturgia de evasión, sin compromisos con la realidad nacional. El mérito para nosotros de la obra de Heiremans, consiste en su intento renovador. Pensemos esto si que “DEJA QUE LOS PERROS LADREN” es una muestra representativa de nuestra literatura teatral, que debió llevarse al Vieux Colombier, en vez de la obra motivo de la crítica.

En una segunda crónica, analizaremos la realización de “VERSOS DE CIEGO”.

Orlando Rodríguez B.